

Fecha: - 9 FENE 1992

# Si hoy es martes, esto es caviar

**E**

Claudio López de Lamadrid

sta es una novela sin carreteras comarcas o gasolineras, sin escenas de caza y pesca, sin whisky de centeno o palizas en tugurios llenos de humo, sin pueblos de 400 habitantes o barriadas de Nueva York. Y es, sobre todo, una novela sin indios, chinos, hispanos o camioneros de camisa de cuadros. Poco que ver con los Ford, los Russo, los Wideman, los Hijuelos, las Tan y los Erdrich. En *Mesas reservadas* hay bastante menos etnia, violencia y suciedad que en las novelas de quienes parecen llevar en la actualidad el estándar de la literatura norteamericana.

La novela de Erich Kraft, bostiano de adopción, respira por todas sus páginas la esencia de lo que a este lado del Atlántico entendemos como esnobismo de Nueva Inglaterra. El alto ejecutivo de una compañía que fabrica juguetes emplea su tiempo libre en escribir crítica gastronómica para una prestigiosa publicación quincenal; lo emplea en eso y en trabajar su cuerpo ya maduro, en decorarse con ropa de firma, en beber bastantes más



combinados de la cuenta y en intentar averiguar de dónde viene el extraño olor que invade —cree él— el lujosísimo apartamento con vistas que se compró tras separarse de su mujer. La ex mujer, una amante, la hija de ésta y alguna que otra amiga son sus compañeras de mesa en cada una de las seis veladas en las que se divide el libro. Cada capítulo, cada cena, se cierra con la crítica de local escrita por el afilado *alter ego* del protagonista.

Pero esta escenografía de amor y

lujo, más propia de serial televisivo que de la narrativa norteamericana actual, encierra una gran dosis de inteligencia y una no menor cantidad de amargura. Kraft se muestra desafiado con su personaje, al que sacude desde la primera página. No me parece —como se dice en el resumen editorial— que *Mesas reservadas* sea una “sátira de la jerga posmoderna, de los amantes de la cerveza importada, de los nostálgicos de los años 60 o del interiorismo”, o si lo es, en cualquier caso no se trata de su intención principal. La novela incluye escenas francamente graciosas, es cierto, pero yo no buscaría su mejor virtud en la comicidad. En un momento concreto de la lectura, pasada la mitad del libro, el lector se interroga precisamentesobre esto mismo. Cuando Kraft se deja llevar por una ocurrencia que se le antoja particularmente afortunada, alarga de modo innecesario la situación y su protagonista se estanca en un estereotipo.

Como sucede en muchas ocasiones, a las 400 páginas de *Mesas reservadas* le sobran cien. Sólo que, y esto pasa menos, posiblemente las 30 o 40 mejores son las que cierran el libro. Si terminar una novela es difícil en este caso lo era mucho más. Cuando todo

parecía indicar que Kraft se iba a limitar a seguir vapuleando al pobre Matthew Barber hasta matarlo de inanición, vemos que el personaje es tan rico como para poder seguir torturándolo una vez ha desaparecido de escena. Sin mujeres, con el ego hecho papilla y el apartamiento patas arriba, Barber ve cómo su *alter ego* Beach cuestiona los pocos principios éticos que a estas alturas le quedaban. El libro cobra al final una perspectiva en la que el ingenio y la comicidad dejan paso al enfrentamiento moral. Será este Beach quien dirigirá los últimos vacilantes pasos del protagonista, y Beach también quien, ocupando el sitio del narrador, clave a Barber la estocada definitiva preguntándose en voz alta: “¿Cuál es la cruel enfermedad que hace que un individuo tan patético como aquél tenga sueños tan imposibles?”

*Mesas reservadas* no es un libro enteramente logrado, pero tiene méritos e interés suficientes como para recomendar su lectura a aquellos que se interesen por el panorama de la actual literatura norteamericana. ■

## MESAS RESERVADAS

ERIC KRAFT

Traducción de José Luis Fernández-Villanueva  
Destino, Barcelona,  
1991, 388 págs.